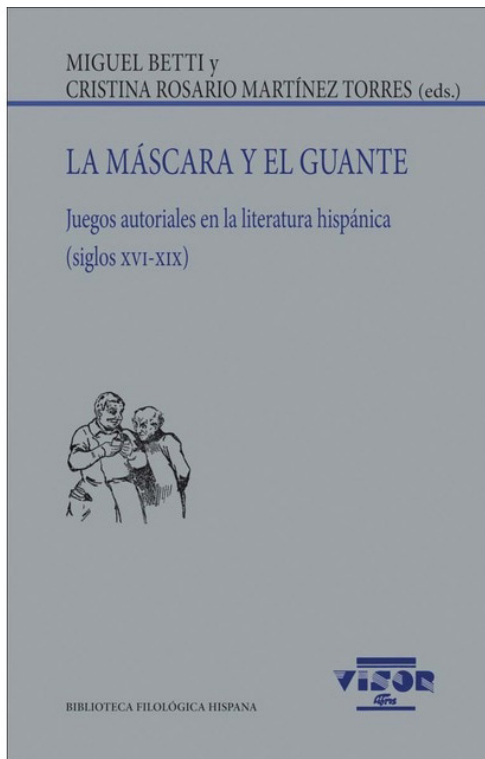


Miguel BETTI y Cristina Rosario MARTÍNEZ TORRES (eds.), *«La máscara y el guante. Juegos autoriales en la literatura hispánica (siglos XVI-XIX)»*, Madrid, Visor Libros, 2023, 216 págs.

Se reúne en esta colección un conjunto de estudios en torno a los «juegos autoriales» que rodean la figura del autor oculto, esquivo, falsario, dentro de la literatura en lengua española de los siglos XVI y XIX, que los editores han ordenado en dos secciones —«Impostores» y «Falsificadores»— en razón de sus diferentes estrategias. Dentro de los «Impostores» se encuentran aquellos que adoptan una personalidad ajena o tergiversan la propia ya sea para esquivar las trabas de la censura, para lograr un espacio para su voz literaria en medio de un campo hostil, para lidiar con sus demonios internos o para jugar con cierta ventaja con los límites permitidos a la inventiva. Con frecuencia, desde nuestra atalaya crítica, lo que entonces pudo ser superchería se considera hoy «juego experimental». Frente a esta categoría, los «falsificadores» actúan deliberada e intencionadamente, ya sea por patriotismo, en defensa de su religión o en respaldo de sus convicciones. Para ello fabrican y sacan a la luz documentos antiguos desconocidos que sirven de aval a su pretensión de atribuir un pasado ilustre a una nación, a una comunidad o a una familia para las que han puesto sus plumas a sueldo.

Abraham Madroñal abre la nómina de los impostores con su artículo «Lope, negro de mejor amo» (págs. 23-42), indagando algunos de sus juegos de autoría entre aquellos escritos que Lope prefirió no firmar, en que se colocó alguna máscara o actuó como «negro» literario, ya fuera para evitar autoalabarse pública-



mente, por obligación con alguno de sus patrones o por compromiso de amistad. Se pasa rápida revista a sus pseudónimos, anagramas y heterónimos, en paralelo a los «pirateos» sufridos por el Fénix por parte tanto de poetas «legos» como de los ciegos copleros, para desembocar en el asunto más sustancioso de aquellas obras que no sabríamos que son de Lope si no fuera porque están conservadas en sus autógrafos. Tal es el caso del prólogo al libro de Sebastián López de Velasco, *Tiple coro primero* (1628), que no aparece con la firma de Lope pero que figura manuscrito en el «Códice Durán»; de la dedicatoria al marqués de Estepa del *Mesón del mundo* (1631) de Rodrigo Fernández de Ribera, cuyo autógrafo se contiene en el «Códice Daza», o del escrito preliminar «Al Teatro», bajo el nombre de Francisco López de Aguilar en *La Dorotea* (1632), también en el «Códice Daza». El autor de este estudio compara mediante columnas las coincidencias entre los autógrafos y los textos impresos.

Fernando Durán prosigue con los impostores en «Soy yo, soy como él, soy él, soy nadie: ensayo sobre mitomanías literarias en la autobiografía española del siglo XVIII» (págs. 43-63), fundamentándose en la vasta importancia que para la autobiografía tiene la identidad, un hecho registrable, frente a la mucho menor de la individualidad, en contra de la concepción ahistórica de Lejeune. La identidad se define repitiendo relatos, de eso va la autobiografía, pero entre esa masa de repeticiones y novedades acumuladas a lo largo de los siglos destacan casos que adquieren trazos mitómanos, constituyéndose en una forma de identidad «extrema». Son los de aquellos que convierten su identidad en objeto obsesivo de su discurso literario. Resume Durán esas formas de mitomanía bajo cuatro etiquetas a partir de autobiografías de calidad desigual: «soy yo» (Torres Villarroel), «soy como él» (Gómez Arias), «soy él» (Gregorio Mayans) y «soy nadie» (Santiago González Mateo). Las de todos ellos son identidades extremas, que delatan las grietas entre la personalidad individual y las identidades colectivas. Torres Villarroel es el hombre de letras que vive y muere en perpetuo discurso ante sus lectores, con una identidad literaria siempre colocada en el centro de sus obras. El modelo que sigue en su autobiografía es él mismo, tal como ha exhibido previamente ante su público durante un largo cuarto de siglo. En Torres toda posible individualidad se ha reconvertido en pura identidad. Por su parte, Gómez Arias es ejemplo singular de una identidad imitativa, que copia lo más superficial y aparatoso de la máscara de Diego de Torres, quien siempre lo ignoró. Gregorio Mayans escribió su biografía en latín y en tercera persona, publicándose en Wolfenbüttel en la Baja Sajonia en 1756 bajo la supuesta autoría del humanista Johann Christoph Strodttmann. En su caso, los elogios solo le parecían eficaces si eran ajenos, logrando mediante esta impostura no parecer vanidoso. Anclado en los cánones del humanismo crítico, Mayans busca expre-

sar esa identidad, no individualizarse. Hacia 1809, el extravagante clérigo de costumbres desordenadas Santiago Gómez Mateo escribió una provocadora *Vida trágica del Job del siglo XVIII y XIX*, quizá para desquitarse de un padre despótico que le obligó a seguir la carrera eclesiástica y de una institución, la Iglesia, que le había hecho sufrir toda la vida. Se trata de un texto que cayó en el vacío y ha seguido hasta hoy en el más absoluto silencio, pues como afirma Durán, no hay identidad si alguien no te secunda.

Cristina Rosario Martínez Torres en «*Trampas y dar, que van dando*. Cándido María Trigueros, tras la máscara y ante el espejo» (65-96), explora la (auto) representación autorial triguariana y su recepción dentro de su creciente conformación como escritor público. Sus diversas máscaras («el Poeta Filósofo», «Melchor Díaz de Toledo», «Melchor María Sánchez Toledano»...), con sus diferentes niveles de ocultamiento, le ofrecieron un laboratorio donde jugar y experimentar con nuevas formas al tiempo que iba obteniendo los imprescindibles refrendos institucionales en su carrera como hombre de letras, constituyendo después, como en otros casos, una salvaguarda de la posición y el estatus adquirido. Pero su imagen de escritor, laboriosamente construida durante años, como se observa en su correspondencia particular, estuvo en ocasiones a punto de fracturarse por pequeños escándalos literarios como el surgido de la polémica iniciada por Forner a raíz del artículo «Trigueros» contenido en el tomo VI (1789) del *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III* de Sempere y Guarinos. Reconstruir el perfil autorial de Trigueros —un autor en que la máscara es también una estrategia de sociabilidad— requiere el mismo prisma caleidoscópico que demanda el acercamiento a sus obras.

El estudio de Elena de Lorenzo «*Habiendo advertido el Consejo que se presentan varias obras con nombres supuestos o en anagrama...* Uso, legislación y debate sobre los pseudónimos en la España del siglo XVIII» (97-135), examina en qué medida se vio afectado el uso de pseudónimos en la literatura por los sucesivos ordenamientos legales borbónicos. En 1752-1754, Juan Curiel en su *Auto del Juez de imprentas*, haciendo caso omiso a las protestas de libreros e impresores, e incluso a la opinión contraria de los fiscales del Consejo, se enrocó en su posición de que en las portadas de los libros debía aparecer «el nombre del autor», como ya establecía de antiguo la pragmática de 13 de junio de 1627. Sin embargo, la orden del Consejo de 17 de febrero de 1780 se acomodó más a los usos literarios, conformándose con que en la petición de licencias debía constar en todos casos el nombre del verdadero autor de la obra, pues lo crucial a efectos legales era la identificación inequívoca del autor o editor en el proceso de tramitación de la licencia de impresión. Esta obligación la mantuvo el decreto de libertad de imprenta de noviembre de 1810. La segunda parte de este trabajo

concentra su atención en el uso de pseudónimos en el quicio de 1779-1780 y durante toda la siguiente década, examinando en detalle lo ocurrido a diversas obras, enmascaradas en grado diverso, pertenecientes a Diego Rejón de Silva, Tomás de Iriarte, Juan Pablo Forner —siempre dispuesto a jugar con los límites de lo permitido—, y fijándose en lo ocurrido a los hermanos Rodríguez Moledano en su polémica con Ignacio López de Ayala, o, por último, durante la pesquisa de comienzos de 1789 a fin de averiguar e identificar a los autores de 22 discursos de *El Censor*. Su conclusión es que a partir de febrero de 1780 el examen de los expedientes de impresión puede aclarar las autorías que ocultan las portadas bajo una máscara.

Julie Botteron, en su trabajo «*Esta supresión ha hecho la historia más moral; pero le ha robado mucho interés trágico*: revisión textual y autocensura en el proceso editorial de Fernán Caballero» (págs. 137-148), analiza la evolución de una misma trama narrativa en esta autora desde un manuscrito anterior a 1838 hasta las versiones publicadas en 1850 y 1856, lo que le da pie a considerar que, si por una parte el pseudónimo escogido por Cecilia Böhl de Faber le concede libertad creadora y la posibilidad de ocultar su individualidad, al mismo tiempo esa identidad autorial trae consigo nuevas limitaciones por lo que respecta a lo que puede permitirse publicar en obediencia a los gustos de su público.

La sección dedicada a los «Falsificadores» contiene tres estudios: el de José Antonio Caballero López titulado «Anio de Viterbo (Giovanni Nanni) y sus apócrifos: el pasado legendario de Hispania» (págs. 151-170), en torno a la figura de este dominicano de Viterbo del siglo decimoquinto, propagador de una historia fabulosa del pasado de Hispania, debelado críticamente a finales del XVIII por el jesuita expulso Juan Francisco de Masdeu en su *Historia crítica de España y de la cultura española*; el de Miguel Betti, «Los versos de un falso profeta. Un poema inédito compuesto por Guillén de Casaus» (págs. 171-194), dedicado al extenso poema de más de 8000 versos de este falsario sevillano con fama de nigromante y estrellero, muy controvertido por su actuación como gobernador de Yucatán —cargo para el que fue nombrado en diciembre de 1575—, que le llevó a enfrentarse con el arzobispo fray Diego de Landa y posteriormente a ser encarcelado por la Inquisición de Toledo, donde acabó sus días; por último, el de Fernando Rodríguez Mediano bajo el título «Ficción, historia y novela: de la *Verdadera historia del Rey d. Rodrigo* de Miguel de Luna a *Il Rodrigo* de Francesco Agricoletti» (págs. 195-216), en que señala alguna de las formas complejas de la recepción europea de esta falsificación histórica del médico y traductor morisco Miguel de Luna —uno de los autores del fraude de los Plomos del Sacromonte—, atribuida por Luna a un tal Abulcacim Tarif Abentarique, supuesto testigo de la conquista musulmana. Francesco Agricoletti, la versionó

al italiano readaptando la primera parte del original, no solo dándole una dimensión política acorde con la crisis de la monarquía española de Felipe IV y la revuelta napolitana de 1647, sino también planteando en su introducción la diferencia entre «historia» y «novela».

Como demuestra este volumen, el acercamiento crítico a «falsarios» e «impostores» a lo largo de nuestra Edad Moderna continúa siendo una sugerente y fructífera avenida para la investigación y un espacio de diálogo para los estudiosos de distintas esquinas temporales y especialismos. Por lo que respecta a las características de esta publicación, sugeriríamos de nuevo a los editores de estas colecciones que no se olviden de incluir los necesarios índices —onomásticos, de materias, de obras mencionadas—, que multiplicarán la recepción futura de estas importantes aportaciones.

GABRIEL SÁNCHEZ ESPINOSA